

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# EL PALACIO DE COYOACAN

Ó LOS TESOROS DEL IMPERIO.



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

**\* \* \* BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO \* \* \***

*Tercera serie.—Después de la conquista*

---

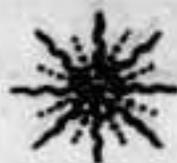
# EL PALACIO DE COYOACAN

6

## LOS TESOROS DEL IMPERIO

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1900

---

**Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.**

---



## EL PALACIO DE COYOACAN

---

¡Qué alegría hay en el palacio donde descansa de sus fatigas y proezas militares el famoso y triunfante capitán Hernán Cortés!

Nos encontramos en un magnífico banquete; es un festín donde todos los oficiales y soldados que están vivos después de las últimas batallas, se dedican á celebrar sus victorias.

Ya la ciudad de *Tenochtitlán*, antes tan orgullosa, tan extensa y tan poblada, puesto que tenía cerca de ochocientos mil habitantes, ya la orgullosa capital del Imperio mexicano, se encuentra reducida á cenizas... ¡Sus últimos escombros fueron arrojados al lago!

¡Todo lo que significaba un monumento ar-

tístico, una obra de mérito en los *teocallis*, en los colegios ó en los palacios, era quemado ó arrojado al agua!

Los españoles, en su furia de completa destrucción, lo redujeron á polvo, lanzando al viento del olvido los monumentos de una civilización tosca y semibárbara, pero llena de preciosidades extrañas y curiosas, con dignas bellezas que demostraban que la raza *natural* era de grandes alcances y que podría tener un magnífico porvenir.....

¡Todo fué arrojado al agua, al fuego, al aire convertido en polvo!

¡La laguna tragó de repente á la gran ciudad... El día 13 de Agosto de 1521, en que por fin entraron hasta el centro de *Tenochtitlan* los españoles. fué el último día de un imperio, del famoso imperio ezalteca, que habia sido antes tan poderoso, que habia tenido sujetas á lejanas provincias y muy vastas regiones, desde *Xalisco* hasta lo que ahora constituye Honduras y Guatemala, abarcando sus dominios las playas de los dos Oceanos!...

¡Todo se había derrumbado!...



Después de sus últimas victorias el caudillo conquistador Hernán Cortés mandó levantar una hoguera inmensa, una verdadera montaña de troncos de árboles, de pinos, encinas, oya-



cueles, ocotes, ahuchuetes y cuantos trozos de viguetas y maderas labradas se encontraron en los templos y palacios derruidos, hallados en los despojos de la ciudad de *Tenochtitlán!*...

¡Qué montaña, qué pirámide fué aquélla! Ocupaba en su base como el doble de la plazuela de Santiago *Tlaltelolco*, y era tan alta como dos ó tres veces más que tenían de altura las torres superiores de «Río-Verde»!...

Imaginaos, amiguito mío, qué espectáculo el de aquella formidable hoguera, levantándose como una montaña ardiendo, iluminando repentinamente todo el centro del Valle de México, cual si fuera un colosal candelabro de fuego, iluminando con espectrales llamaradas rojas todas las llanuras y flancos de las montañas, toda la extensión colosal del Valle!...

¡Parecía un rápido volcán que súbitamente se hubiese erigido allá en *Santiago Tlaltelolco*, mascando el sitio en que más feroz había sido la contienda y más sangrienta y formidable la batalla!...

Aquella pirámide, aquel enorme cono de fuego, de brasas y de sangre, coronado por torbellinos de legiones de chispas rojas, cuyo chisporroteo se escuchaba á leguas de leguas de distancia y cuyos resplandores maravillosísimos y fantasmagóricos realzaban pabellones inmensos de vivas escarlatas.. para diluir en seguida, de un toque á otro, la cascada de flores de lumbre. ¡Oh! aquella pirámide de sangre,—sangre luminosa y centelleante, iluminó el barrio de *Tlaltelolco*, allá hacia el Norte de la capital!...

El fuego color de sangre de aquella gigantesca hoguera anunció en todo el Valle de México que el Imperio del *Anahuac*, el imperio México, tenía su tumba y que aquel hacina- miento de llamas era la bugía formidable que ardía en aquella tumba colosal!...



Y tres días después... sólo tinieblas y trágicas soledades se extendían en lo que fuese en un tiempo alegre centro de comercio y de perenne animación; eterno lugar de algazara y punto de cita de toda la gente de intereses y de negocios, colosal hervidero de comerciantes, artífices y soldados!

¡Mas todo había muerto ya!... ¡Qué desiertas, qué oscuros y tristes los canales que antes eran conductos por cuyas aguas partían como flechas las canoas llevando el comercio, la industria y la vida!... ¡Qué soledad y qué lóbreguez allá en el fondo!... ¡Las ráfagas del Norte pasaban ya por lo que había sido la opulenta y gran *Tenochtitlan*, haciendo el antiguo *Tlalte-*

*lolco*, antes temerizado de hermosos palacios entre los que se encontraba el del invencible príncipe *Cuanhlemoczin!*...

¡Y ahora la noche, la soledad y el desierto!...

¿Qué había sido de *Tlaltelolco*?

¿Qué era de *Cuauhtemoczin*?...

Y... la misma enorme *Tenochtitlan*; la misma capital del imperio azteca donde se hallaban?...

¡Desolador y tristísimo era el espectáculo... la laguna se extendía rodeada por puentes rotos, calzadas con grandes cortes, negros escombros y algo como montañas que eran las ruinas de la antigua ciudad!...

¡Parecía que para siempre había volado el águila que durante cuatro siglos hizo llover rayos de prosperidad y gloria sobre el pueblo *mérica!*...



Y mientras todo era tristeza y soledad en lo que antes era *Tenochtitlan*, allá hacia el Sur, en ligerísima colina poblada de huertos y floridos jardines, embalsamada región deliciosí-

sima. Coyoacán abrigaba al palacio de Hernán Cortés.

En aquel palacio se disponían preciosidades para el triunfante conquistador... ¡Sus capitanes estaban también contentísimos y por donde quiera brillaba la alegría!...

A Hernán se le veía con su mejor y más lujoso traje de gala; brocados, terciopelos, finos encajes, hebras de oro, hebillas de plata, joyeles preciosos y engarces de piedras finísimas de las últimas que acababa de recoger de sus aztecas... ¡Estaba como nunca de gallardo y ostentoso; pero también su tristeza era como nunca!...

¿En qué meditaba el caudillo? ¿No todo era gloria, placer, felicidad y esperanzas de grandes dichas para el feliz conquistador?

¡Qué!... ¿No había conquistado rápidamente con solo un puñado de hombres aventureros y decididos como él, sin más elementos que los mismos suyos, no había realizado con todo éxito la conquista de un extenso, fértil, poblado y riquísimo territorio que formaba parte de grande imperio?...

¿No todo aquel imperio, con sus diversos pueblos, sus lejanas y varias provincias, sus lagos, sus bosques, sus montañas, sus ciudades y habitantes y fuentes de oro y plata, diamantes y opales, no todo era de él?

¿Qué más podría ambicionar hombre alguno en la tierra?...

¡Y sin embargo Hernán Cortés estaba triste allá en su palacio de Coyoacán cuando sus capitanes y soldados lo admiraban y lo envidiaban como á un semidiós!...

—¿En qué pensaba?... Nadie podía adivinarlo y nadie se atrevía á preguntarle palabra alguna, relativa á su tristeza, pues era siempre muy reconcentrado y hosco el conquistador, más cuando se trataba de asuntos graves.

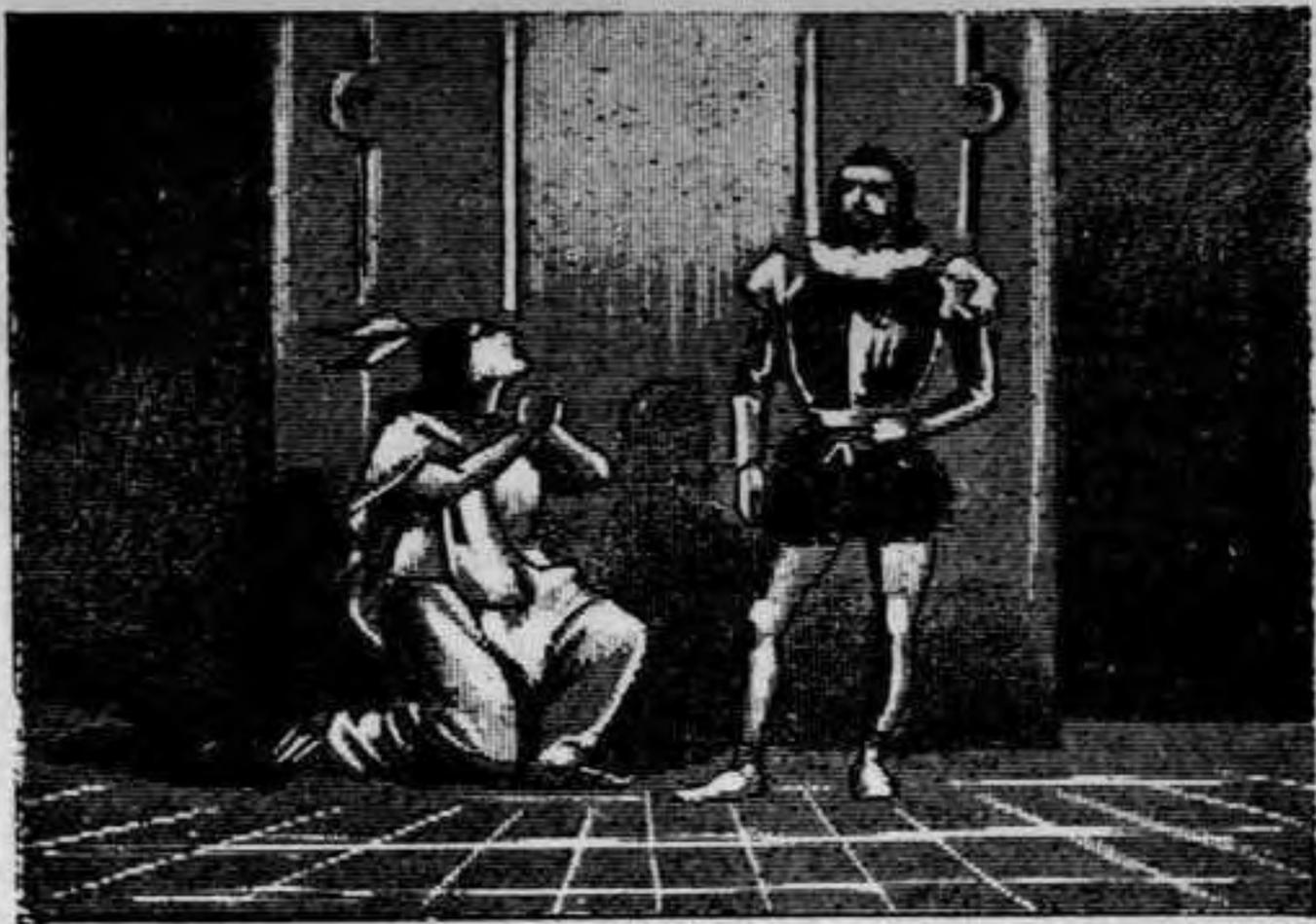


En un pequeño cuarto, aislado y casi secreto, se internó el caudillo, mientras afuera en los patios y jardines, en los salones y corredores todo era algazara.

Cortés se puso á pasear de un lado al otro del pequeño cuarto. Por fin entró por una puerta secreta que ocultaba un *petatatl* de Tlaxcala de palmilla de diversos colores, una joven de hermoso aspecto, de ojos vivísimos, inteligentes y de andar rápido y donairoso....

La joven se puso de rodillas, murmurando:  
—¡Por fin, señor, por fin estás servido á tu gusto, oh mi buen amo!

—¡Ah Malinche!... ¡ah Marina! ¿conque ya



sabes dónde están los tesoros? ¡Dime, dímelo pronto!...

—No, señor... eso no... pero puedes saberlo...  
He arrancado á Cuanhtemoc el juramento

de que te dirá donde ocultó todos los inmensos tesoros del Imperio, sólo conque tú consientas en una pequeña licencia que le has de dar para ver á una joven á quien ama!...

—¿Y si se la concedo, me dirá dónde están los tesoros?—preguntó ansioso el caudillo.

—¡Me lo ha prometido!—contestó Marina.

—¡Que traigan á Cuauhtemoc!—gritó entonces Hernán Cortés.—¡A ver, Sandoval, traedme á ese joven!...

Clavó sus pupilas fieras en Cortés, y lanzando una sorda imprecación, rugió:

—¡Ya sé lo quieres!... Los tesoros ¿no es verdad? pues óyelo bien... ¿me permites que e-grima una *macana*, cualquiera, y tú sacar la tuya, esa tan hermosa que llevas... y me dejas que te derribe... ó que tú me derribes?... Y si eso logras, te prometo por lo que más amo, decirte dónde están los maravillosísimos tesoros del Imperio azteca, advirtiéndote que en ellos hay mucho oro... Hay cuevas llenas de tejuelas de oro; hay montones de esmeraldas, perlas y opales. ¡Jamás sus reyes habrán visto tanta maravilla, si como dices tú, lo mejor para ellos es el oro!... ¡Dame una macana, que quiero pelear contigo!

Marina, la esclava intérprete de Cortés, fué traduciendo estas palabras, á medida que las iba pronunciando con altiva cólera el terrible prisionero.

Cuando terminó, Marina dijo á su amo Hernán:

—Señor, no accedas, este *méxica* es una águila, y cuentan que armado con macana no hay hombre que le resista!...

¡Nunca hubiera oído Cortés semejantes palabras! Inmensa cólera le hizo saltar, gritando: —*¡Dos macanas!*

—¡A ver!... ¡Eh!... traed á este mozo una de las mejores macanas que hayamos recogido. — ¡Voy á demostrarle mi pujanza, porque le voy á combatir con sus mismas armas.

Ya se iban á disponer á un desafío, cuando de nuevo la voz de Marina le dijo:

—¡Ay de tí, señor!... Jamás entables lucha con este hombre porque es sagrado y tiene la fuerza infernal de su dios *Huitzilopuchtli*, porque es rey!... ¡Los reyes son sagrados y tienen gran poder!...

Tembló Hernán, mas no fué de miedo. ¡Era que sentía en su enemigo la soberana fuerza de su justicia!... ¡Veía en él al rey que había vencido por conquistar, ayudado por la traición de pueblos cobardes y rebeldes á última hora!

Así fué que arrojó las macanas, gritando:

—Sé que eres valiente; doy por terminada la lid; dime, Cuanhtenoc, ¿dónde están los tesoros del Imperio?

—¡Jamás te lo diré, si no te bates conmigo, adalid blanco!

—¡Eso no puede ser!... Mi rey me ordena saber dónde tienes los tesoros, que ya son suyos... Mi rey es el de tu pueblo, que va á ser feliz porque así lo dispone Nuestro Señor... ¡Los tesoros!

—¡Jamás!... ¡Jamás!...



Sombrío, lúgubre, Hernán Cortés sintió un arretrato de rabia viendo la triste sonrisa desafiadora de *Cuanhtemoc*, quien le dijo:

—¡Ah, *Malitrin*! Sé que tú quieres las riquezas del Imperio de mis padres... ¡Sólo dos personas saben dónde están!... ¡Pero tú no lo sabrás nunca!

—Está bien—contestó Hernán Cortés.—Algún día el fuego te hará hablar.

—¡No me importa á mí el agua ni el fuego! ¡Haz lo que tú quieras, cruel *Talintzin*!... ¡Yo guardaré el secreto dentro de este pecho, que te odia, enemigo de mi patria!...

Varios soldados condujeron á Cuauhtemoc á su cuarto, en el mismo palacio de Cortés, en Coyoacán, y poco después el festín. las músicas y algazara, festejando la soldadesca en su



triunfo contra la agobiada ciudad de *Tenochitlan!* . . . . .

• Sólo, triste, pero altivo como siempre, el

gran Cuauhtemoctzin esperaba el instante de su muerte, dispuesto á sucumbir con gloria, como el último rey de los aztecas.

Y allá la orgía se desencadenaba celebrando la victoria de una fácil conquista sobre aquella heroica raza, que había expirado con tanta nobleza, sobre las cenizas de sus templos y de sus palacios...

Principiaban con aquel banquete en el palacio de Coyoacán las fiestas de lo que se iba á llamar «*La Nueva España*»...!

FIN